

## COLONIALIDAD Y RACIALIZACIÓN DE HOSTOS A QUIJANO (CON ESCALA EN VASCONCELOS)

Sofía Reding Blase

**Tenía** razón Aníbal Quijano y lo expresaré coloquialmente: sin la noción de “raza”,<sup>1</sup> otro gallo cantaría. Podría decirse, parafraseando al sociólogo peruano, que legitimar las relaciones de dominación a través de subbiologización, acarrea la naturalización de la opresión: la piel blanca manda y las pieles oscuras obedecen, porque los tonos claros supuestamente garantizan el éxito mientras, que los otros conducen inexorablemente al sombrío fracaso. Tal es la ruta que sigue el proceso de racialización, por el cual se condena de antemano a la inmensa mayoría de cuerpos a consecuencia de ciertos atributos, que van desde el tipo de trabajo que realizan y los exiguos ingresos que obtienen, hasta sus imaginarios, a los que se tacha de ridículos o peligrosos, colocándolos en una posición de subalternidad.

Para el caso de nuestra región, este juicio condenatorio encuentra su origen en la colonización europea; no porque haya sido la primera vez que personas se hayan establecido en un lugar ajeno al amparo de Estados poderosos que peleaban entre sí un enorme botín de guerra, o simple y llanamente por trashumancia, sino porque esos Estados planificaron hacerlo a escala planetaria, articulando sistemas económicos e ideológicos (como las bulas papales de donación), desplazando cantidades cuantiosas de recursos de todo tipo —incluyendo los humanos— y dando forma a la configuración sociopolítica que conocemos como *modernidad*.

Es decir, si Cristóbal Colón y quienes le siguieron no se hubieran empeñado en *colonizar* (instalarse en una tierra ajena para disponer de ella mediante el arado y la edificación), no habría propiamente colonia, pues ésta implica no sólo la modificación del espacio geográfico baldío; también impusieron relaciones sociales que resignificaron los *territorios*, un proceso que requiere de la

expulsión, el traslado e incluso la aniquilación de las personas que los habitaban. Por ello, tampoco habría habido colonia si los cuerpos ajenos que ya poblaban los territorios se hubieran concebido de una forma digna y respetuosa: en cambio, se les cultivó como si fueran terreno virgen y no tuvieran sus propios cultivos y cultura, porque según el Almirante, los indios no tenían ni fe, ni ley, ni rey. Prejuicio que, por cierto, sería desmontado por Ramón Pané, el fraile jerónimo que por encargo del mismo Colón pasó largo tiempo entre los taínos y que aportó evidencias para reportarle lo contrario, si bien las utilizó para dictar sentencia inculpatoria sobre ciertas creencias e ideas de los caribeños, y cuya extirpación recomendó vivamente.<sup>2</sup>

Ahora bien, tras las revoluciones de independencia que pusieron punto final a la dominación colonial, persistieron diversas prácticas e imaginarios que dieron continuidad a propiedades o cualidades de la Colonia, en especial aquellas que estructuraron el poder colonial y que hasta la fecha le permiten a los europeizados acceder a él. A esa condición Quijano le llamó *colonialidad*, una noción que de alguna manera evoca una vida que transcurre como si los libertadores hubieran arado el mar. Así pues, la colonialidad es una cualidad o atributo derivado de la colonia, que ha marcado el sociograma latinoamericano y caribeño desde el arribo del Almirante: la colonialidad, escribió Quijano, “se constituyó en la piedra fundacional del patrón de poder mundial capitalista, colonial/moderno y eurocentrado”.<sup>3</sup>

El sufijo se añade para dar mayor énfasis al hecho de que la colonialidad concierne a los referentes de la vida, instalados o colocados siguiendo un patrón iterativo que brinda estructura: es, si se permite la metáfora, un diseño textil estandarizado, que se repite sin admitir modificaciones sustanciales, imponiéndose y desplazando todo tejido alternativo. Ese diseño o patrón (y que esta palabra sea sinónimo de “jefe” no es gratuito aquí) deviene

<sup>1</sup> Aníbal Quijano, “¿Que tal raza?”, *Debate Ecuador*, núm. 48, Quito, diciembre de 1999, pp. 141-152.

<sup>2</sup> *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, que Pané debió terminar hacia 1500 y cuyo original se perdió.

<sup>3</sup> Quijano, *op. cit.*

del colonialismo y de su modo de producción tributario, y su recurrencia se apoya en una pedagogía que oculta los referentes anteriores al encontronazo, dejándolos en la indeterminación precisamente porque no se trata sólo de una economía, sino también de una ideología. Y es la ausencia o forma indefinida de lo previo, lo que permite definir la plenitud, la totalidad. Tal era la agenda de fray Ramón Pané y otros tantos que dedicaron sus vastos escritos a describir meticulosamente todo aquello que debía ser arrancado de raíz.

Esta situación, y es ya una tradición hacer mención a ello, se encuentra retratada en *La Tempestad*, puesta en escenario isabelino por Shakespeare en la segunda década del siglo XVII. Ahí se narran las tribulaciones de un isleño de nombre Calibán, sometido por un duque de Milán, cuyas artes liberarían a otro personaje, Ariel, de un encantamiento que lo mantenía inmovilizado: una alegoría de aquello que nos opone a la naturaleza y que es la cultura, es decir, aquello que nos pone en movimiento. Pero con la “liberación” de Ariel se pone en marcha la estandarización de su ser espiritual, según patrones culturales europeos, de manera que es bastante chata.

Dos obras más vienen a la mente (porque Calibán, como Antígona, se recarga según la época): la de Rubén Darío, *El triunfo de Calibán*, que casi cierra el siglo XIX; y el *Ariel* con el que José Enrique Rodó arranca el siglo XX, años en los que el hierro consolida lo moderno, incluso al pensamiento latinoamericano, empecinado en dar firmeza a identidades tanto sitiadas (Ariel) como rebeldes (Calibán). Éste último, que en Darío y Rodó no merece estima alguna, en Shakespeare es un rebelde cuya voz distorsionada sirve como recordatorio de las críticas de Las Casas y de Montaigne al programa “civilizador” para Nuestra América.

La voz de Calibán es bárbara o, al menos de eso le acusa Próspero: es culpable de distorsionar la lengua que le impone su amo. La mala dicción de Calibán no es torpeza ni tartamudeo, sino maldición lanzada a quien se dice próspero, para que tenga un mal vivir, insano y de penurias. La lengua impuesta a Calibán silencia su lengua materna, la de Sycorax,<sup>4</sup> bruja adoradora de un dios patagón,<sup>5</sup> ella misma desterrada de su natal Algeria.<sup>6</sup> Y es

<sup>4</sup> Sobre el nombre que Shakespeare eligió, poco o nada se sabe. Pudo ser un derivado de *psychoraggia*, agonía o lucha a muerte; o incluso una alusión a animales vinculados con la brujería, como la cerda (gr. *sis*) o el cuervo (gr. *corax*), según J. Madison Davis y A. Daniel Frankforter, *The Shakespeare NameDictionary*, Nueva York, Garland, 1995, citados en: <https://www.thefreelibrary.com/The+Tempest+in+the+Trivium.-a0173925074>.

<sup>5</sup> Setebos, el gran diablo de los tehuelches, según el caballero Antonio Pigafetta. Fuente electrónica: <http://www1.rionegro.com.ar/diario/cultural/2006/10/28/3946.php>

<sup>6</sup> No escribo “Argelia” expresamente para recordar que el prefijo árabe “al”, como en Al-Yazā’ir (“las islas”) o Algeria, es fonéticamente complicado para los españoles. Tal vez fuera un guiño burlón del mismo Shakespeare decidir que la madre de Calibán fuese desterrada de esas tierras impronunciables para un invasor que, a pesar de ser milanés, es una alegoría a España.

la memoria de la madre, es decir, el recuerdo de su lengua “bárbara” y de su condición de hechicera —el modo en que domestica la naturaleza— la que permite el contraste entre Calibán y Próspero que, ojo avizor, es mago: de algún modo ¡también es bárbaro! Porque para civilizar, hay que ser bárbaro: hay que destruir los saberes previos —el *epistemicidio* del que habla Boaventura de Sousa Santos—. <sup>7</sup> Una destrucción de saberes que se legitima porque los pases mágicos de Próspero, emparejan palabra y cognición.

Pero los sortilegios no son suficientes para destruir meticulosamente, para ello hay que hacerlo matematizadamente: etiquetando según la apariencia y obligando a los individuos a ocupar un determinado sitio en el proceso productivo de acuerdo a estándares presuntamente científicos. Con ello se cede paso al racismo: la apariencia corporal se confunde, se ideologiza, dando lugar a una pigmentocracia en la que una categoría, el “fenotipo”, se confunde con un valor;<sup>8</sup> o es bueno o es malo.

Arturo Andrés Roig alertaba al respecto en su *Rostro y filosofía de nuestra América*, afirmando que en Calibán se condensa la problemática de la colonización, para transformarse en un mito que remite a la descolonización como proceso político emancipatorio, que no sorteó el conflicto:

Por cierto que ese Calibán hizo muy pronto de su victoria un uso que más lo aproximó al antiguo amo, Próspero, en cuanto que el proceso no fue ajeno en ningún momento al enfrentamiento de las clases sociales sobre las que se había estamentado la Colonia. Y junto con Próspero, aparecieron los “alados arieles” que inspirarían los discursos justificatorios para que el amo no cayera en lo que podríamos llamar el “síndrome de Próspero”.<sup>9</sup>

El síndrome apareció: permitió que la exclusión y el racismo operasen simultáneamente. Racismo que condena esa manera de aprender inacabadamente la lengua del amo, torpeza que dará lugar al barbarismo que invierte las relaciones de poder y sobre el cual Cassigoli refiere que “posee la función de señalar la superioridad del hablante sobre el sistema de la lengua [...] cada falta gramatical se inscribe como un “estigma”; señala una anomalía en el cuerpo de la lengua”.<sup>10</sup> Tal estigma es marca del despojo,

<sup>7</sup> Boaventura de Sousa Santos, *Epistemologías del sur*, México, Siglo XXI, 2010.

<sup>8</sup> Arturo A. Roig, *Rostro y filosofía de nuestra América*, 2ª edición, Buenos Aires, Una Ventana, 2011, p. 33.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 203.

<sup>10</sup> Rossana Cassigoli, “Reminiscencias de Michel de Certeau. Oralidad y escritura: las fuentes femeninas”, pp. 52-53, en *Fractal*, núm. 52, enero-abril 2014, pp. 43-75.

por lo que el maldecir puede convertirse en acto de emancipación.<sup>11</sup>

Se suma a lo anterior, a la supuesta distorsión cognitiva de Calibán y su ascendencia materna, la feminización de su territorio. Los colonizadores vieron los territorios como simple “vegetalidad”, como naturaleza dispuesta a ser fecundada por su carácter de “feminidad”, dice Roig: la penetración de Europa (así, sexuada) es la que da origen a nuestra realidad americana.<sup>12</sup> Y no le falta razón a Roig, porque los primeros abusos cometidos por los europeos fueron el rapto y la violación de mujeres, que introdujo lo extranjero, lo exógeno, en las sociedades caribeñas y luego continentales. A la pérdida de la lengua originaria se suma la destrucción de los lazos de filiación, incluso aprendiendo el idioma impuesto: ¿o no fue la lengua española el salvoconducto de la Malinche?, ¿no fueron los que le enseñaron esa lengua quienes le impidieron criar a su hijo Martín, el primer mestizo? Todo lo anterior hay que pensarlo, elaborarlo y teorizarlo; en ello radica la importancia que tiene la formulación del concepto de la colonialidad: no sólo denota un proceso histórico, sino que como sustantivo abstracto de cualidad, permite aprehenderlo y explicar su elongación. Así nos lo explica Estermann:

La “colonialidad” representa una gran variedad de fenómenos que abarcan toda una serie de fenómenos desde lo psicológico y existencial hasta lo económico y militar, y que tienen una característica común: la determinación y dominación de uno por otro, de una cultura, cosmovisión, filosofía, religión y un modo de vivir por otros del mismo tipo. En sentido económico y político, la “colonialidad” es el reflejo de la dominación del sector extractivo, productivo, comercial y financiero de los estados y sectores “neo-colonizados” (“Sur”) por parte de los países industrializados (“Norte”), lo que lleva a la dependencia y el “desarrollo del sub-desarrollo”, la sub-alternidad y marginalidad de las “neocolonias” frente al dominio de los imperios dominadores.<sup>13</sup>

Pasemos ahora de las alegorías a la agricultura y la hechicería, a la ingeniería; más específicamente, a la metalurgia, a la fundición, y recordemos que la imagen del *crisol de razas*, es colada que en inglés se dice *casting*, y cuyo uso se presenta también como selección de un reparto de actores que, casi siempre, reproduce cromáticamente la dominación de clases.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>12</sup> Arturo A. Roig, *op. cit.*, pp. 204-205.

<sup>13</sup> Josef Estermann, « Colonialidad, descolonización e interculturalidad », *Polis* [En línea], 38 | 2014, Publicado el 8 septiembre 2014, consultado el 10 diciembre 2020. URL : <http://journals.openedition.org/polis/10164>

Así, detrás de la idea de “raza” es legado de las nociones de casta o calidad, mismas que no contravenían a la bula *Sublimis Deus* de Pablo III (1537) que afirmó el origen común, el *humus*, de europeos y americanos. Bula que, por cierto, el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Carlos I de España, superó en un acto de expresión de la superioridad del poder temporal frente al espiritual con Leyes Nuevas (1542), surgidas de un debate parecido al que se retrató en *La Tempestad* mucho tiempo después: ¿qué es la barbarie y qué es la civilización? Para ser breves, la idea era aportar certeza jurídica al acto colonizador, que debía concretarse incluso por encima de la afirmación papal: sí, los indios son humanos y son racionales, pero ese necesario argumento no era suficiente, de todos modos había que “civilizarlos”. Si por “civilización” nos referimos a una sociedad compleja, con una estructura que se mantiene gracias a la función de las instituciones (según definición de Radcliffe-Brown), ¿es este acto colonizador un acto de educación que elevaría a las sociedades vistas como simples y ramplonas, de su lugar casi bestial?

De Hostos a Vasconcelos veremos el despliegue de esa idea, pero añadiéndole la angustia de no querer apostar por una civilización moderna que bestialice. No se trata de descartarlo todo de buenas a primeras, sino de ponderar aquello que enriquecería la cultura latinoamericana para completarla mediante la fundición, para llenar el vacío que dejaron las grandezas indígenas ya ausentes: “Fundir razas es fundir almas, caracteres, vocaciones, aptitudes. Por lo tanto, es completar. Completar es mejorar”, eso escribe Eugenio María de Hostos en su ensayo sobre “*El cholo*”, haciendo ver que lo que parecía plenitud garantizada por la colonialidad, es en el fondo incompletud. Ahora bien, Hostos ni siquiera se atreve a afirmar que los elementos deban fundirse en idéntica proporción, por el contrario: califica la fisonomía del serrano de fea pero sana, envilecida aunque rehabilitable si el cholo es sacado de su ignorancia por medio de la educación, propuesta que transparenta la misma colonialidad que pretende superar pues ¿cuáles serían los contenidos de esa educación?

Como vemos, antes del “Apóstol de la Educación”, Hostos sembraba la idea de un amasijo de lo que hoy casi nadie refiere como “razas”. Desde luego, en él y en Vasconcelos la mirada está puesta en un horizonte en el que la cuestión de la identidad no está del todo clara. Y para darle nitidez se aumenta la barbarie del expansionismo, que ayer y hoy toma cuerpo en los Estados Unidos, lo que según Darío obstaculiza la civilización: “herrerros bestiales” y “comedores de carne cruda” son los *yankees*, escribe en su artículo “*El triunfo de Calibán*” (1898). Bárbaros o calibanes que subyugan a un Ariel indígena, transparente como el cristal, sin intereses materiales, como la bolsa y la fábrica. Y si esos son los ideales de los calibanes, ¿quién

desbancaría la *yankería*? Desde luego no aquellos obstinados en ir contra la unión de las razas latinas, las de la hidalguía y la nobleza, que son virtudes que Darío parece asociar a Miranda, la hija de Próspero, con quien Calibán pretendía crear un nuevo linaje.<sup>14</sup>

A la mixofobia (la de Próspero, que monta en cólera ante los avances de Calibán hacia Miranda) le sucede la mixofilia de Hostos, Darío y Vasconcelos. Pero, en términos generales, ¿no es el mestizaje una forma de prestar continuidad a la propia colonialidad del poder? Con las castas parecía resolverse la problemática estirpe de la barraganía sin dejar de gestionar la sangre y la piel. Pero no fue suficiente y hubo que imponer el mestizaje, como si con ello se borrara el ultraje a los vientres colonizados, y convertirlos en la colada que para Hostos y Vasconcelos *con-funde* toda diversidad, pero no elimina el poder de lo blanco/europeo porque el *casting* es exclusivo para poblaciones no blancas, como reservado está el lugar que ocupan en el proceso productivo. Esto último lleva a Quijano a asociar la mercantilización de la fuerza de trabajo y la jerarquización de la población mundial en términos de “raza” y de “género”, lo que es el eje central del patrón mundial de poder; un poder que establece que todo lo vivo puede industrializarse y anular con ello siglos de diversificación a través, por ejemplo, de factorías vivientes. Un poder para el cual un fenómeno de la biología humana, es decir la “raza”, se traslada a la historia de las relaciones de poder entre las gentes, entre varones y mujeres.

Quijano también observa que si para la noción de género es necesario atender a las diferencias, es decir, las sexuadas que permiten la reproducción biológica, hay que prescindir de actitudes que alaban o condenan las pieles por el color que tienen, porque los colores simbolizan vicios o virtudes, pero no hay relación causal sino solamente cultural. Y Quijano está en lo correcto cuando afirma que la idea de “raza” nace con América: fijémonos en el hecho de que Colón apuntó en su *Diario de a bordo* que los indios “son del color de los canarios”, para acercarlos a lo ya conocido: los habitantes de las islas Canarias. Las taxonomías fueron elaboradas, pues, de forma eurocentrada y, diría Quijano, a tono con una concepción antropológica dualista para la cual el “alma” es superior a la carne, concepción por cierto muy pertinente en tiempos pandémicos, en que el consumo cárnico llevó al triunfo del algoritmo que en la vida *on-line* devora cuerpos, volviéndolos tiempo-aire, como Ariel. Para rematar la nueva cartografía, al racismo lo va a complementar el clasismo. En efecto, confundidos, hechos uno, la taxonomía social que resulta está caracterizada por la inmovilidad social: si las venas pueden verse a través de

la piel, como decían los cristianos viejos para mostrar la fidelidad de su linaje, se está arriba; de lo contrario, abajo. Así se irán naturalizando las relaciones de dominación y explotación, en las que, además, se establecerán fronteras entre lo urbano y lo rural, de manera casi inconsciente.

Incluso un hombre de buena voluntad, como lo fue el astrónomo norteamericano Carl Sagan, confeccionó un mensaje que fijó a las Pioneras, las *Pioneer*, primeras sondas que se enviaron al espacio en 1972 y 1973, y que es tan racista como sexista. En ese mensaje, que en realidad es una imagen, aparece un hombre blanco, imberbe y con la mano en alto como quien saluda pero también comanda, y una mujer también blanca, de larga cabellera y una actitud pasiva reflejada en los brazos que deja abajo. Las críticas fueron tan rabiosas como devastadoras, por lo que en las sondas Viajeras, las *Voyager* lanzadas en 1977, se almacenó un disco con “los sonidos de la Tierra”: gruñidos de animales, saludos en varios idiomas y música de diversas regiones del planeta, como por ejemplo un huapango para que bailen en alguna galaxia muy lejana mientras “*El cóndor pasa*”, pieza emblemática que también se incluyó y que como sabemos, Simon&Garfunkel amaban en esos años de multiculturalismo psicodélico que dieron empuje al extractivismo cultural. La colonialidad del poder y el eurocentrismo hicieron presencia de nuevo y ojalá no caigan en manos de nadie esas sondas, porque si eso pasa se verá que en este pequeño planeta azul hay pueblos civilizados y hay pueblos folklorizados. Balance final: Sagan volvió a equivocarse. Pero lo interesante de esos mensajes —la placa y el disco, ambos en oro— es lo que nos dicen de nuestra propia época o, como diría Quijano, de las relaciones geopolíticas y geoculturales que se han instaurado.

Por eso, porque el racismo y el clasismo —y también el sexismo, hay que decirlo— se fundan en modos de conocer, en epistemologías erradas, es que Quijano sentencia que la descolonización de toda perspectiva de conocimiento —lo que Moscovici llamó representaciones sociales— debe implicar, de suyo, la desaparición de etiquetas como las de “raza”. Así, cierro con otra frase del refranero popular: “Gallo que no canta, algo tiene en la garganta”, y ese “algo” es la colonialidad del poder cuyo soporte es el miedo, el sufrimiento y una vida que nadie, en su sano juicio, puede asegurar que es buena. ☒

---

**Sofía Reding Blase** (Monterrey, 1967). Mexicana, antropóloga social por la ENAH. Maestra y Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Especialista en ética y diversidad cultural. Entre sus libros destacan: *Ética e interculturalidad en América Latina* (2012), *El buen salvaje y el canibal* (2009), *Diversidad y Democracia. Aportes de la hermenéutica analógica al diálogo intercultural* (2007), *Párrocos y misioneros* (1997), *Antropología y analogía* (1997). Autora de varios capítulos de libros y artículos diversos. Es investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la UNAM.

<sup>14</sup> Rubén Darío, “El triunfo de Calibán”. Disponible en: <https://www.ensayistas.org/antologia/XIXA/dario>